



"El liberal", Madrid,
3 octubre 1923

8-311

El liberal
Madrid

~~EL VALOR DE LA INTELIGENCIA~~

3-X-23

O. C. tomo X

A LOS TREINTA Y DOS AÑOS

El primero de octubre de este año de 1923 se cumplieron los treinta y dos años que el que ahora os habla, lectores, empezó a ejercer su oficio de enseñanza pública al servicio de España. Durante treinta y dos años, curso a curso, con una asiduidad cual ningún otro—hale ayudado una salud felicísima—ha estado estudiando, con sus alumnos, con sus discípulos, Humanidades. Aprendiendo y enseñando que es la inteligencia, que es la razón la que salva a los hombres y a los pueblos. La fe misma no es sino inteligencia, inteligencia de amor, y si no es inteligencia no es fe.

Ahora, en momentos críticos para el porvenir de la civilización española, en momentos que han de marcar uno de los hitos de nuestra historia, volvemos a afirmar el valor de la inteligencia. Y que no hay valor sin inteligencia.

Ahora, cuando todos los españoles conscientes de su españolidad, de su ciudadanía, de su civilidad, vuelven la atención al problema pavoroso de la responsabilidad, debemos nosotros examinar la nuestra, hacer examen de nuestra propia responsabilidad. Debemos examinar cuál es nuestro deber para con nuestra nación, para con la Humanidad.

Nuestro magisterio no es, no puede ser, dogmático; tiene que ser crítico. Dictar dogmas es engañar al prójimo. Dictar dogmas es matar la libertad de la inteligencia; es matar la inteligencia, porque la inteligencia es libertad. Entender es lo único que liberta. La obediencia ciega, propia del esclavo, no es de hombres.

Dentro del general oficio de la enseñanza pública le ha tocado al que esto os dice, lectores, en el reparto de los deberes el de estudiar las Humanidades en el espejo de aquel pueblo inmortal que fué el pueblo helénico, que se encumbra en Sócrates, el maestro de la ironía y el debelador de los dogmatismos. De él arranca la filosofía crítica. Es decir, la filosofía, la flor del saber.

Hay que dejar para los que no entienden eso de distinguir entre criti-

ca negativa y positiva. Es una distinción que, en buen lógica, carece de sentido, y los que la hacen serían incapaces de explicárnosla.

En estos treinta y dos años que llevamos estudiando a nuestra mocedad en las aulas, observando a la juventud estudiosa, y a la vez asistiendo con

ansiosa expectación, con febril anhelo, a la historia civil de nuestro pueblo, al desarrollo de su civilidad, de su política, hemos aprendido a juzgar de sus facultades por el estilo en que se expresan.

"El estilo es el hombre", ha quedado dicho para siempre. Sí; el estilo es el hombre, y es el pueblo. El mayor acierto de Spengler en su obra sobre la decadencia del Occidente es la primacía que da al estilo. No esperemos nunca nada bueno de ningún nuevo valor histórico que se anuncie con un estilo frívolo o chabacano o ramplón. Cuando un edificio no satisface al sentimiento estético puede casi siempre predecirse que le falta solidez. Lo bien plantado es lo que dice bien a la vista. O al oído.

Está escrito que por sus frutos se conoce el árbol. Pero antes, por sus flores. La flor anuncia el fruto. Y hay flores de trapo—o de papel—de que no cabe esperar fruto con semilla.

Pero es más bien el fruto para la flor; la flor es el fin. En la flor se acaba la planta. La flor es la dignidad y es la decencia; la flor es la gloria. La flor es la inteligencia, y la inteligencia es la flor. "La"—subrayemos el género del artículo—flor, y no "el" fruto.

Y la flor de nuestra casta—y al decir esto de casta nos referimos, ¡claro está!, a la parte de género humano que hablamos en lengua española—, la flor de nuestra casta es nuestro lenguaje, nuestro limpio y claro y humano lenguaje, el Don Quijote, el continente y discreto, no el del botarate de Don Juan Tenorio.

¡Treinta y dos años! Treinta y dos años, Dios nuestro, Dios de nuestra



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



España, llevando sobre la paz del mundo, como una bandera viva de flor de lino, no de su hebra muerta y tejida; la flor de nuestra casta. Treinta y dos años, Señor, luchando por que se respete el verbo sagrado de tu España, porque se le oiga! ¡Treinta y dos años conquistando con la palabra y para la palabra cielos, que no tierras! Y que se diga que no hay un pedazo de cielo sin una idea española.

¡Señor, Señor! ¡Tú, que creaste con "la" palabra, no con "el" brazo, el mundo, protege la Inteligencia de España! ¡Tu justicia es inteligencia. Señor; juzga a España!

MIGUEL DE UNAMUNO

